
CAPITULO XLVII.

LOS PODERES CAIDOS.

Dia 8 de Setiembre.

El Gobierno provisional está constituido. Lo forman todos los diputados republicanos de París que el mundo conoce y admira. Entre ellos se encuentran los antiguos ministros del Gobierno de 1848, Garnier-Pages y Cremieux; el gran orador de la izquierda Julio Favre; el elocuente publicista que ha difundido tantas ideas en la juventud contemporánea, Pelletan; el joven que reúne á las extraordinarias dotes de una elocuentísima palabra toda la madura sensatez de un hombre de Estado, Gambetta; el ingeniosísimo Picard, que en vísperas de perderse al borde oscuro de un ollivierismo incomprensible, se ha rescatado por la revolucion para la República; hombres todos de alta inteligencia, de antiguos y probados servicios, cuya honradez de carácter está unida fuertemente á un exaltado patriotismo.

A todos ellos se encuentra reunido Rochefort, recién sacado de la cárcel. Gambetta suprimió su nombre en la primera lista del Gobierno Provisional; mas el clamor público

le incluyó con grande imperio. La República está fundada sin dolores, sin lágrimas, sin desórdenes, como una consecuencia necesaria de las derrotas imperiales, como un fruto espontáneo de la opinion pública; y en medio del peligro, entre ruinas, bajo la tempestad, es como la inmaculada esperanza del espíritu humano que rompe la cabeza de la tiranía.

Mas los poderes que la República suprime ¿cómo en estos momentos supremos se defienden? La Emperatriz permanece en su puesto. En vano la muchedumbre se agita, se encrespa, rodea el palacio, amenaza invadirlo; hasta en aquellos momentos supremos vela con heroica resignacion por el resto último de autoridad confiado á su custodia. Su pariente Fernando Lesseps, el Hércules del istmo egipcio, le ha presentado un proyecto de abdicacion espontánea en la República, proyecto concebido por la cabeza volcánica de Girardin, á quien sus veleidades monárquicas dejan fuera de la gravitacion republicana, á pesar de tener una pluma que debió

haber sido constantemente como un rayo de luz proyectado sobre la cabeza de Francia, y que por culpa de esas veleidades, indisculpables en quien tiene tantos talentos, sólo ha sido como un extraño cometa. La Emperatriz consulta el proyecto al Consejo de Ministros, y el Consejo de Ministros dice que no es oportuno, que todavía puede y debe salvarse la dinastía. Cuando acababan de dar sus consejos esta esperanza á la Emperatriz, el pueblo rompe por todo, invade, llega á la gran puerta, y la Emperatriz por la puerta secreta de la calle de Rivoli se lleva tras sí, como María Antonietta en 1792, como María Luisa en 1814, como la duquesa de Berry en 1830, como la duquesa de Orleans, en 1848, el poder y la fortuna de su dinastía.

El Senado, otro de los poderes caídos, celebra una sesión bizantina. Uno de los senadores, que no protestó contra la indigna comedia del destronamiento simulado, se levanta á dar un viva á la dinastía, viva tan siniestro como el ruido de esqueleto cayendo en una huesa. Los más valerosos proponen la sesión permanente. Pero la prudencia prevalece sobre el valor, y el Senado se separa prometiendo reunirse á la noche; y sólo se ha reunido en la noche eterna. Un mensajero del Gobierno Provisional pone los sellos del Estado sobre las puertas de aquellos espléndidos salones y declara disuelta la Asamblea aristocrática, escudo del Imperio. La historia condenará á desprecio eterno aquella madriguera de cortesanos.

La mayoría del Cuerpo Legislativo se reúne en el palacio de la Presidencia. No hay ninguno de los presidentes legítimos. Thiers preside. Julio Favre corre á declarar que el pueblo ha tenido á bien proclamar con unánime grito la República, y que los diputados de París, incapaces de abandonar al pueblo en la hora de la desolación y del peligro, habían recibido su mandato y proclamado también la República. Julio Simon confirma las palabras de Julio Favre, y añade que Rochefort, en

cuya prudencia confía, ha entrado en el Gobierno Provisional, y que si Thiers no ha entrado ha sido por haber opuesto incontrastable negativa.

Los diputados imperialistas, luego que los dos individuos del Gobierno Provisional se han retirado, gritan, vociferan, protestan, recuerdan que ellos son representantes del sufrágio universal, se indignan contra las mannos alevos que han puesto los sellos del Estado en el edificio del Cuerpo Legislativo. La palabra final ciertamente faltaba á esta escena. Thiers la tiene guardada en su agudó ingenio hace veinte años. Es un dardo que traspasa de parte á parte los corazones de todos los imperialistas. Es una evocación á la justicia. Es la moral de toda esta gran tragedia, moral destilada y reducida á su última esencia. Oíde, oíde. El primer trágico del mundo, Esquilo, Shakespeare, Calderon, jamás hubieran hallado un final más propio del Imperio. La historia inspira disgusto de la novela; porque no hay novela, ni tan dramática, ni tan lógica, ni tan interesante como la historia. ¿De qué os quejais? dice Thiers. ¿De que han puesto sus sellos al edificio de la Representación Nacional? Peor fué sellar á los representantes. Y aun no he olvidado la marca del sello que nos pusieron el Dos de Diciembre. ¡Yo soy un prisionero antiguo de Magaz!! Con esta carcajada concluyeron las Asambleas del Imperio. Hay Providencia.

Día 9 de Setiembre.

Continuemos, continuemos viendo la providencia en la Historia. Hace pocos días aun que los periódicos imperialistas amenazaban de supresión á la nacionalidad belga. Unánimes decían que las intrigas encaminadas á traer un rey prusiano al sòlio español habían sido urdidas por Leopoldo de Bélgica. Esta invención tenía por único objeto comprometerlo en el día del combate para exigirle en el día de la victoria una inmensa responsabilidad. Aun no había pasado un mes, y el Emperador Napoleon entraba prisionero en el

territorio mismo de la nación vecina, cuya independencia habían amenazado á una señal suya todos sus cortesanos.

El día tres por la noche durmió en Bouillon. Iba como siempre cercado de fausto, seguido de generales, custodiado de pomposos lacayos como si no quisiera perder el aparato, ya que ha perdido la realidad del poder. Varios generales del ejército prusiano le acompañaban para demostrar que aquel hombre no era un Emperador sino un prisionero. Me parece que todavía lo veo atravesar por delante de mi humilde casa de campo en los bosques de Anteuil, cuando iba acompañado hace cuatro años del Emperador de Rusia, del Rey de Prusia, de todos los príncipes alemanes que hoy le combaten, de Bismark mismo, á mostrarle su invencible ejército. No he olvidado aquella nube de bandas, de cruces, de espadas relucientes, de cascos dorados, plateados sobre los cuales brillaban plumeros de todos los colores del iris, argentadas águilas en actitud de hendir los aires. Me parece que oigo piafar los caballos, resonar las músicas, tronar los cañones, resonar los aires de gritos dados por aquellos ejércitos, sobre cuyos aceros se partían en mil brillantes centellas los rayos del brillante sol, que ha iluminado tantas victorias de los Bonapartes. ¡Y hoy es prisionero de sus antiguos huéspedes!

Y no sólo prisionero sino que, según todas las noticias, le han hecho apurar hasta las heces el cáliz de la ignominia. Llegó á las siete de la mañana y no le recibieron hasta las once. Cuatro horas estuvo en triste patio; al borde de un estanque, sentado sobre un banquillo y entre dos coraceros. El que le vió primeramente fué Bismark. No tengo mando ninguno en el ejército, ni en la nación, dijo á Bismark. Entonces el gran canceller se retiró y apareció el rey. Este empezó por tratar dura-

mente á Napoleon y concluyó por sentirse conmovido ante su grande infortunio. Le señaló por fin la residencia de Cassel, un palacio inmenso, con jardines de gran extensión, altas pirámides rematadas por estatuas colosales, surtidores y cascadas, estanques, uno de esos nidos que los príncipes alemanes se fabricaban en el siglo pasado, y que tras una inmensa cortina de altísimos árboles, ocultaban ameno paraíso, en torno del cual yacían tristemente, en cabañas húmedas y diminutas, sobre montones de paja, familias de siervos que parecían ganados de bestias salvajes, condenadas, ya á la guerra, ya á viles y continuos trabajos.

En el trayecto recibió los homenajes de varias personas, del conde Montholon, del príncipe Pedro Bonaparte, que se conmovieron y lloraron. Él iba sereno, impasible, vestido de general, con el kópis inclinado sobre el ojo izquierdo, sin más preocupación que contemplar el curso interior de su pensamiento, y la blanca leve nube engendrada por su cigarrillo humeante siempre, que se disipaba en los giros del aire.

En el camino sólo pudo sacarle de su indiferencia un telegrama en el cual se le anunciaba que su hijo había llegado á Namur. La muchedumbre, llevada de su eterna curiosidad, siguió al heredero de tanto imperio, y encontró en su cara pálida, en sus ojos vidriosos, en su andar cansado, en sus labios descoloridos, todas las señales de un gran dolor y un gran desaliento. ¡Pobre niño! Le habrán educado mostrándole cercana la perspectiva de un gran trono, y al penetrar en la juventud se encuentra con un sueño desvanecido y por toda realidad el dolor y por todo dominio el destierro. Ya habrá encontrado algún lenitivo á estas tristezas en el regazo de su madre.

CAPITULO XLVIII.

PRIMERAS PALABRAS.

Mientras así corrian unos al destierro, tornaba á Francia desde Bélgica el gran poeta Victor Hugo, viendo cumplido su apocalipsis, derribado su enemigo, realizadas las fulgurantes maldiciones que habia lanzado sobre su cabeza en la lengua sublime de los antiguos profetas.

Inmediatamente que el gobierno provisional entra en el Hotel de Ville, Julio Favre se dirige al telégrafo, y á través de los mares anuncia á los Estados-Unidos que la República se ha proclamado en París, sin lágrimas, sin sangre, por espontánea aclamacion de toda la gran ciudad. No se contenta con esto y acude á ver al embajador que en Francia representa al gran pueblo. En 1777, debió decirle, vuestra angustia era tan grande como es hoy nuestra angustia. Os faltaban soldados, recursos, todo. La derrota habia casi dispersado vuestra milicia y el desaliento casi disuelto vuestra Asamblea. Inglaterra se juzgaba ya reconquistadora de sus antiguas colonias y se apercibia resueltamente á castigaros. El gran pueblo iba á ser ahogado como

un feto monstruoso, y su muerte hubiera gangrenado la conciencia humana, é impedido el nacimiento de la independencia, de la libertad, de la democracia, en el Nuevo Mundo.

Pero aquí estaba Francia. No nos contentamos con las alabanzas y los aplausos de nuestros filósofos, al pueblo que habia proclamado los derechos humanos y encontrado el fundamento eterno de la fraternidad entre las naciones. Laffayette, un aristócrata, un descendiente de los antiguos cruzados, encendido en humanitario entusiasmo por la propaganda de nuestra filosofía, fletó un buque, requirió su espada, y fué á pelear por la causa de la libertad con aquella fé con que sus padres pelearon por el sepulcro de Cristo. Y ni siquiera nos contentamos con esto. El estado francés, henchido á la sazón de ideas revolucionarias, quiso por sí auxiliarnos. Nosotros pudimos procuraros la alianza de España, de aquella España incontrastable á la sazón en el Nuevo Mundo. Nosotros arrostramos la cólera de Inglaterra. Nosotros vencimos nuestra grande interior pobreza. Y os dimos ocho

buques, seis mil hombres, diez millones de francos. Vuestras fuerzas se rehicieron desde aquel momento; vuestra causa triunfó; y el mundo pudo contar con los Estados-Unidos de América.

Hoy vendidos los franceses por la ineptitud más vergonzosa que recuerda la historia; muertos en continuados reveses nuestros generales; disuelto el ejército; incendiadas las ciudades del Este, amenazado París de formidable sitio; ¿será mucho recordar á los Estados-Unidos esta deuda de gratitud que es un timbre de gloria para ellos y para nosotros?

Si este no ha sido el lenguaje de Julio Favre, este era el lenguaje propio de las circunstancias. La verdad es que ideas semejantes y semejantes recuerdos debían cruzar por el pensamiento de América cuando los Estados-Unidos mandaron por el cable el reconocimiento de la República y la invocación á las antiguas simpatías entre ambos pueblos. Y no se han contentado con esto, han transmitido un telégrama al rey Guillermo recordándole su palabra de combatir al Imperio y no al pueblo francés, y notificándole en el pueblo americano el deseo de que cese la guerra y no se disminuya el pueblo francés unido al pueblo americano por comunidad de recuerdos y por la armonía de las instituciones.

Julio Favre ha resumido la palabra del pueblo francés en una circular que pasará á la historia con aplauso por la alteza de sus ideas, y la severa majestad de su estilo. En ella recuerda que desde el primer día fué enemigo de la guerra entre Prusia y Francia. La ceguera en que había caído la opinión pública francesa, no le detuvo, y arriesgó su popularidad por impedir este duelo á muerte entre ambos pueblos. En verdad Julio Favre tiende su vista por los campos desolados, llenos de cadáveres, y se satisface por sí, por su partido, al ver que esa nube de sangre no puede llegar hasta su conciencia, ni caer sobre su res-

ponsabilidad moral ante el mundo y ante la historia.

A estas consideraciones sigue una enérgica reprobación de la guerra, una palabra formal, solemne de que jamás el pueblo francés intervendrá en los asuntos de Alemania, dejándole cumplir libremente sus destinos y realizar su unidad. El rey de Prusia declaró que hacia la guerra al Imperio, y el Imperio ha desaparecido; declaró que no hacia la guerra al pueblo, y el pueblo ha entrado en la posesión tranquila de sus derechos y su soberanía.

Si no retrocede ante su propia palabra, ante sus solemnes promesas; si no retrocede, el pueblo francés verá en su marcha un desafío, y se decidirá resueltamente á sustentarlo. París demostrará que es la cabeza y el corazón de Francia. Primero defenderá sus fuertes avanzados con heroísmo idéntico al heroísmo de Metz, de Toul, de Estrasburgo. Después se retirará tras sus murallas. Cuando las murallas caigan, detrás de sus barricadas. Y cuando hayan sacumbido á la fuerza y al número, todavía quedará Francia, sí, Francia entera, invencible, inconquistable, resuelta á vengar á París. Y el mundo presenciara el espectáculo de dos pueblos que se chupan mutuamente hasta la última gota de su sangre.

Preciso es confesar, que si Francia no tiene hoy la fuerza de su parte, tiene la razón y el derecho. Habíamos de ser desconocedores de la justicia, si desconociéramos que tienen grande fuerza en el mundo. Hora es ya, pues, de que cese esta guerra insensata. Lo necesita el mundo. Lo reclama el espíritu humano. La civilización puede emigrar de nuestro continente al ruido de esa infame y terrible matanza. Paz, pedimos, paz deben pedir todos los corazones levantados y generosos, paz á la República francesa. Toda la sangre que ahora se derrame, caerá gota á gota sobre el rey de Prusia.

CAPITULO XLIX.

LA EUROPA.

Días 11, 12 y 13 de Setiembre.

Difícil, difícilísimo resumir todas las noticias llegadas en estos tres últimos días. La mágica palabra de República parece haber dado nuevas fuerzas y ánimo nuevo al pueblo francés. Las ciudades se resisten con un ardor y una tenacidad verdaderamente sublimes. Los héroes de Estrasburgo han hecho varias salidas, y en ellas han diezmado las tropas sitiadoras. Toul sigue sosteniendo un sitio heroico, mantenido por la guardia movilizada, por ese ejército de ciudadanos; Phalsburgo ha rechazado desde las inmortales fortalezas fundadas por Vauban, tres grandes asaltos. Metz, hambriento, encerrado en su nube de peste, es la heroica ciudad de la resignación y de la paciencia. Bazaine tiene allí desde el día 18 de Agosto cien mil combatientes resueltos á sufrirlo todo antes que entregarse. Laon acaba de verificar un acto digno de nuestra guerra de la Independencia. Los jefes de su guarnición capitulan, pero los soldados no quieren asentir á este contrato. Evacuan los habitantes la ciudad, y los guardias

movilizados la fortaleza. El estado mayor prusiano, las tropas alemanas guarnecen á Laon. Pero varios guardias movilizados resuelven matar á sus enemigos y morir ellos entre los escombros de la ciudad vencida. Así, pegan fuego al polvorin, y saltan ellos y sus enemigos en pedazos á los aires para mostrar al mundo que no es posible rendir á un pueblo, resuelto á morir por la patria. París se llena cada día más, de invencibles defensores. Millares de soldados acuden á sus muros para sostener la desesperada defensa. Muchos han jurado llenar de pólvora las cloacas, las alcantarillas, y hacer saltar la población toda antes que entregarse. Vamos á ver ahora que la libertad ha estallado, ahora que la República ha venido, el pueblo entero fraternizando con el ejército, confundiendo en el amor á la patria redimida, obrar uno de aquellos increíbles milagros que immortalizaron la República francesa é hicieron de su nombre el lábaro de la civilización universal. París encierra hoy en sus muros la conciencia humana.